

TÍTULO: CULEBRAS

PSEUDÓNIMO: Teniente Glahn

Estaba regando los lirios de la plaza. Fue cuando el posadero alargó un papel doblado; de tu hija. El propio Tomás, al verla confundida, le dijo que acudiese al Feliciano, que él entendía de esas cosas. Preparándose para la visita, como no sabía a qué atenerse, se vistió con el elegante vestido verde que conservaba de sus antiguos bailes. Aún le quedaba decente, pensó en el espejo, alisándose los faldones acartonados. Recogió de las ramas del jardín los frutos más hinchados. Dos duraznos, rebosantes de azúcar, y siete limones. Por si acaso, recapacitando sobre los bártulos necesarios para el ritual, guardó en la cesta de mimbre unos cordones amarillos, pertenecientes a los primeros zapatos de Maira. Aunque deshilachados, pensó que igualmente servirían.

De camino su mente no quiso ahondar en los nervios, decidió quedarse encallada en la mansa superficie. Chapotear en el desconocimiento. Lo que tenga que ser será se dijo con sequedad, y se aferró con fuerza al bastón mientras subía los peldaños del porche.

La miró de arriba abajo, con un gesto de tibieza. Ella ofreció el papel, todavía doblado, y le explicó que se lo había entregado Tomás, el posadero, diciendo: de tu hija. Feliciano pareció entender. Ojeó el desgastado atuendo, la cesta sostenida por la anciana.

- Sí, parece una carta. Pasa y la leemos. ¿Y todo esto?

- La fruta, por las molestias. Los cordones son de Maira, por si los necesitas. También traje velas.

Una sonrisa se esbozó en el rostro del abogado; eso la tranquilizó. Se sentaron en la cocina. Salía de un caldero el inconfundible olor a sopa de gallina. Feliciano extendió el papel y se quedó observando el contenido, en silencio, reconcentrado, como si estuviera solo. Ella tragó saliva, observó la estancia, pensó que a los caldos de gallina les va estupendamente bien las hojas de clavo, machacadas, junto a un diente de ajo. El diente siempre entero. Feliciano apareció tras la carta, la dejó sobre la mesa. Ella suspiró, expectante. Estuvo un rato ensimismado, con la mirada en el óxido de las herramientas apiladas. Empezó por el principio. Que esas marcas contaban cosas. Cosas sobre Maira. Que ella lo tenía que creer, aunque desconfiara. Alzó el folio,

levemente arrugado, y se lo enseñó. No distinguía nada. Garabatos. Pequeñas culebras negras. Tu hija sabe escribir, debes estar orgullosa. Asintió con la cabeza y, obedeciendo, se sintió orgullosa.

Línea por línea fue transmitiendo el mensaje. Traduciendo, mejor dicho, porque no le parecía adecuado el contenido literal de la carta. Que una hija hubiese muerto en una celda mísera, arrestada por numerosos hurtos, no era justificación suficiente para que la alcaldía de aquella prisión mandase relatado el fallecimiento a la madre. O tal vez sí; pero a él no le parecía adecuado.

- Te manda muchos abrazos, dice que está muy lejos, en una tierra donde nunca hiela...
- ¿Y tiene marido?
- ...que está trabajando como costurera, que es muy feliz.
- ¿Pero tiene marido?
- Sí. Un miembro honorable del ejército. Que están muy enamorados.
- ¡Será posible! Dile que lo cuide mucho, que no lo pierda, que la conozco.
- Petra, no puedo hablar con ella.
- Ah... ¿Y tiene hijos?
- Eh, sí. Tres. Preciosos. Dos niños fuertes y una niña muy linda.
- ¿Y cómo se llaman?
- La niña como tú, Petra. Los otros... Felipe y Esteban. Toma, usa mi pañuelo.
- Mi Maira... qué alegría tan grande... ¿Me oyes? Te extraño mucho.
- Petra, es una carta. Y deja ya de estrujar esos hilachos.

La mirada se humedeció con lágrimas de ventura. Feliciano había vuelto los ojos a la herrumbre, dejándola intimidad. Su conciencia batallaba contra sí mismo. Petra volvió a casa con la cesta vacía de fruta, con los cordoncitos anudados y el papel bien doblado. La plenitud la pellizcaba el espíritu, una paz agotadora que la hacía más y más liviana. Por el camino tomó la feliz determinación de aprender a leer. Descifrar los garabatos. Así se comunicaría con Maira. Le contaría cosas, todo lo que nunca pudo enseñarla. Que al caldo de gallina le iba muy bien el clavo, por ejemplo. Puras ilusiones, pues notaba una transparencia aumentando. Por eso aquella

noche se durmió con el vestido verde sin quitar, abrazada a la carta. Con un suave cosquilleo, las culebras negras se le introdujeron por todo el cuerpo.